

metida; con lo cual se quitan y aclaran todos los nublados, y huye el espíritu de la tristeza, como cuando David tañía con su harpa y cantaba, huía el espíritu malo de Saul, y le dejaba. Y así el Apóstol Santiago en su Canónica nos pone este remedio: “¿Estais triste? acudid á la oracion (1).” Y el Profeta David dice que usaba de él: “Cuando me siento triste y desconsolado, el remedio que tengo, es acordarme de Dios, y con eso quedo consolado (2).” El pensar, Señor, en vos y en vuestros Mandamientos y en vuestras promesas, eso es para mí cantar de alegría; eso es lo que me recrea y consuela en este destierro y peregrinacion, en todos mis trabajos y desconsuelos (3). Si el conversar acá con un amigo basta para desmelancolizarnos y alegrarnos, ¿qué será el conversar con Dios? Y así el siervo de Dios y el buen religioso no ha de tomar por medio para desechar sus tristezas y melancolias el hablar y el distraerse y derramar sus sentidos, ni leer cosas vanas y profanas, ni menos cantarlas, sino el acudir á Dios y el recogerse á la oracion; ese ha de ser su consuelo y descanso. (4) Ponderan los Santos aquello que cuenta la Escritura Divina, que despues del diluvio, pasados cuarenta dias, abrió Noé la ventana del arca y envió el cuervo para ver si estaba ya seca la tierra para poder desembarcar, y no tornó mas (por eso dicen «el mensajero del cuervo»); envió luego tras él la paloma, la cual, dice la Sagrada Escritura, que “no hallando dónde poner los pies, se volvió al arca (5).” Preguntan los Santos: pues el cuervo no volvió, claro está que

(1) Tristatur aliquibus vestrum, orat. *Jacob. V. 13.*  
 (2) Renuit consolari anima mea, memor fui Dei, et delectatus sum. *Ps. LXXVI, 4.*  
 (3) Cantabiles mihi erant justificationes tuae, in loca peregrinationis meae (id est, erant mihi cantica et solatium). *Ps. CXVIII, 54.*  
 (4) *Trat. 3, cap. 13 in fine.*  
 (5) Quod cum non invenisset, ubi quiesceret pes ejus, reversa est ad eum in arcam. *Gen. VIII, 8.*

halló donde poner los pies; ¿cómo dice la Escritura que la paloma no halló donde los poner? La respuesta es que el cuervo, sobre aquellos lodazares y sobre aquellos cuerpos muertos, hizo su asiento, pero la paloma simple, blanca y hermosa, no se ceba de cuerpos muertos, no hace su asiento en lodazares, y así se volvió al arca, porque no halló dónde poner los pies, no halló dónde descansar. Pues así el verdadero siervo de Dios y el buen religioso no halla contento ni recreacion en esas cosas muertas, en esos entretenimientos vanos del mundo, y así se vuelve como palomica al arca de su corazon, y todo su descanso y consuelo en todos sus trabajos y tristezas es acudir á la oracion, acordarse de Dios, irse un rato al Santísimo Sacramento á consolarse con Cristo, y darle allí cuenta de sus trabajos y decirle: ¿Cómo puedo yo, Señor, estar triste estando en vuestra casa y compañía?

Sobre aquellas palabras del Real Profeta: “Diste alegría en mi corazon (1)”, dice San Agustin: «Enseñanos aquí el Santo Profeta que no se ha de buscar la alegría fuera en las cosas exteriores, sino allá dentro, en la celda secreta del corazon, donde dice Cristo nuestro Redentor (2) que habemos de orar al Padre Eterno (3).»

Del Bienaventurado San Martin, obispo, cuenta Severo Sulpicio, que el alivio de sus trabajos y cansancios era la oracion. A la manera de los herreros que para aliviar un poco su trabajo suelen dar en vacío algunos golpes en la yunque, así él, cuando parecia que descansaba, oraba. De otro siervo de Dios se cuenta (4) que estando en su celda

(1) Dedisti lactitiam in corde meo. *Ps. IV, 7.*  
 (2) *Math. VI, 6.*  
 (3) Non ergo foris quaerenda est laetitia, sed intus, in interiori homine, ubi habitat Christus, in ipso corde, id est, in illa cubiculo, ubi orandum est. *Aug.*  
 (4) Enrique Suso, in *horologio sapientiae, cap. 44.*

lleno de gravísima tristeza é increíble afliccion, con la cual Dios á tiempos le quiso ejercitar, oyó una voz del cielo que en lo interior de su alma le dijo: «¿qué haces ahí ocioso consumiendote? Levántate y ponte á considerar en mi Pasion.» Levantóse luego, y púsose con cuidado á meditar los misterios de la Pasion de Cristo, y luego se le quitó la tristeza y quedó consolado y animado; y continuando esta consideracion, nunca jamás sintió en toda su vida tal tentacion.

CAPITULO VI.

De una raíz muy ordinaria de la tristeza, que es, no andar uno como debe en el servicio de Dios; y de la alegría grande que causa la buena conciencia.

Una de las causas y raices principales de las tristezas y melancolias suele ser el no andar uno á las derechas con Dios (1), el no hacer lo que debe conforme á su estado y profesion. Por experiencia vemos, y cada uno lo experimenta en sí, que cuando anda con fervor y cuidado en su aprovechamiento, anda tan alegre y tan contento que no cabe de placer; y por el contrario, cuando no hace lo que debe, anda triste y desconsolado (2). Dice el Sábio: “Es propiedad y condicion natural del mal y del pecado causar tristeza y dolor en el alma (3).” Esta propiedad del pecado intimó Dios á Caín en pecando, porque luego que tuvo envidia de su hermano Abél, dice la Sagrada Escritura (4), traía consigo una ira y una rabia interior que le hacia andar muy triste y cabizcaído, echábasele bien

(1) *Trat. I, c. 10.*  
 (2) Cor nequam gravabitur in doloribus. *Eccl. III, 29.*  
 (3) Cor pravum dabit tristitiam. *Eccl. XXXVI, 22.*  
 (4) Iratus est Caín vehementer, et concidit vultus ejus. *Gen. IV, 5.*

de ver en el rostro la amargura y tristeza interior de su alma. Y preguntale Dios: “¿Qué es la causa que andas de esa manera turbado, triste y cabizcaído (1)?” Y como no respondiese Caín, responde el mismo Dios que es aquella la condicion del pecado, diciendo. “¿Por ventura, no es cierto que si hicieres bien, recibirás contento y alegría (2)?” Y así dice otra letra: «Si bien hicieres, levantarás el rostro (3),» que es andar alegre. «Pero si mal hicieres, luego á la puerta está tu pecado, dando golpes para entrar á te atormentar (4).» Y también luego se te echará de ver por de fuera, en el semblante del rostro. Así como la virtud, porque es conforme á razon, naturalmente causa grande alegría en el corazon, así el vicio y el pecado naturalmente causa grande tristeza; porque pelea uno contra sí mismo y contra el dictámen natural de su razon; y luego, el gusano de la conciencia le está dando latidos allá dentro, remordiéndolo y royéndolo las entrañas.

Dice San Bernardo: «Ninguna pena hay mayor, ni mas grave, que la mala conciencia: porque aunque los otros no vean vuestras faltas, ni las sepan, basta que vos las sabeis: ese es el testigo que os está siempre acusando y atormentando, no os podeis esconder, ni huir de vos mismo: por mas que hagais y por mas entretenimientos y recreaciones que busqueis, no os podeis librar del remordimiento y latidos de la conciencia (5).» Y así decia el otro filósofo (Séneca) que la mayor pena que se

(1) Quare iratus es, et cur concidit facies tua? *Gen. IV, 6.*  
 (2) Nonne si bene egeris, recipies? *Ib. 7.*  
 (3) Nonne si bene egeris, levabis caput tuum?  
 (4) Sin autem male, statim in foribus peccatum aderit. *Gen. IV, 7.*  
 (5) Nulla poena gravior est prava conscientia. Mala conscientia propriis agitur stimulis; si publica fama te non damnat, propria conscientia te condemnat, quoniam nemo potest seipsum fugere. *Bern. de interior. domo. cap. 45.*

puede dar á una culpa es haberla cometido, por el tormento grande con que la propia conciencia está atormentando al que hace el mal. Y Plutarco (1) compara esta pena y tormento al calor y frio de la calentura. Dice que asi como los enfermos reciben mucho mayor pena con el frio y calentura que nace de la enfermedad que los sanos cuando acá por razon del tiempo tienen frio ó calor, asi las tristezas y melancolias que vienen de nuestras propias culpas, de que nos está remordiendo la conciencia, causan mucho mayor pena y tormento que las que vienen de casos fortuitos y desastrosos, pero sin culpa nuestra. Y particularmente tiene esto mas lugar en el que comenzó ya á gustar de Dios y en algun tiempo andaba bien, con fervor y diligencia, y despues viene á desdecir y proceder con tibieza; porque venir uno á empobrecer, despues de haber sido rico, es vida mas trabajosa y triste que la de los que nunca supieron qué cosa eran riquezas. Cuando uno se acuerda que en otro tiempo andaba con devocion y con cuidado de servir á Dios, y que le hacia el Señor merced, y ahora se ve tan diferente de entonces, no puede dejar de causarle aquello gran sentimiento y darle gran golpe en el corazon.

Pues si quereis desterrar de vos la tristeza y vivir siempre alegre y contento, el remedio es vivir bien y hacer lo que debeis conforme á vuestro estado. ¿Quereis nunca estar triste? dice San Bernardo (2): vivid bien. Entrad en cuenta con vos y quitad las faltas que causan esa tristeza, y de esa manera cesará ella y vendrá la alegría. La buena vida siempre anda acompañada de gozo y alegría; como la mala, de pena y tormento (3). Asi como no hay mayor pe-

(1) Plutarch. *Epist. ad Pacium*.  
 (2) *Vix nunquam esso tristis? bene vive. Bern.*  
 (3) *Bona vita semper gaudium habet; conscientia rei semper in poena est. Bernard.*

na y tormento que el remordimiento y latidos de la mala conciencia, asi no hay mayor contento y alegría en esta vida que el testimonio de la buena conciencia. Dice el Sábio: "No hay alegría en la tierra que se le pueda comparar (1)," "es, dice (2), como un banquete perpétuo." Asi como el que está en un convite se alegra con la variedad de los manjares y con la presencia de los convidados; asi el siervo de Dios, que hace lo que debe, se alegra con el testimonio de la buena conciencia y con el olor de la presencia divina, de la cual tiene grandes prendas y conjeturas en su ánima; conforme á aquello de San Juan: "Si nuestra conciencia no nos reprendiere, tendremos confianza en Dios (3)." El Apóstol S. Pablo dice que la buena conciencia es un paraíso y una gloria y bienaventuranza en la tierra (4). San Crisóstomo dice (5) que la buena conciencia, causada de la buena vida, quita y deshace todas las tinieblas y amarguras del corazon, como el sol cuando sale quita y deshace todos los nublados; de tal manera, que toda abundancia de tristeza cayendo en una buena conciencia, asi se apaga como una centella de fuego cayendo en un lago muy profundo de agua. San Agustin añade que asi como la miel no solamente es dulce en sí, sino hace dulces las cosas desabridas con que se junta, asi la buena conciencia no solo es alegre y dulce en sí, sino alegre en medio de los trabajos y los hace dulces y sabrosos; conforme á aquello del Profeta: "Los juicios de Dios, que son sus Santos Mandamientos y el

(1) *Non est oblectamentum super cordis gaudium. Eccl. XXX, 16.*  
 (2) *Secura mens, quasi jugs convivium. Prov. XV, 15.*  
 (3) *Si cor nostrum non reprehenderit nos, fiduciam habemus ad Deum. I. Joann. III, 21.*  
 (4) *Gloria nostra haec est: testimonium conscientiae nostrae. II. ad Cor. I, 12.*  
 (5) *Chrysost., hom. 25 ad populum Ant.*

cumplimiento de su Ley, son mas dulces que el panal de miel (1); no solo es en sí dulce el servir á Dios, sino hace tambien dulces todos los trabajos y molestias de esta vida.

Leamos en las Historias Eclesiásticas (2), que los perseguidores de la Fé hicieron una cosa muy nueva: que no hay memoria que otros hiciesen en tiempos pasados; y fué, que á todos aquellos que primero, siendo llamados ó puestos á tormento, habian negado la Fé, pusieron juntamente con los santos mártires en la cárcel, y para que su castigo fuese sin consuelo, no ya acusados por cristianos, sino por matadores de hombres y malhechores. Y nótese allí la diferencia que habia aun en lo exterior en el gesto y en los ojos de los unos á los otros; porque los Santos salian á la audiencia y al tormento regocijados, y en sus rostros parecia no sé qué de divinidad, y sus prisiones los hermoseaban como collares de perlas, y de la suciedad de la cárcel salian olorosos á Cristo y á sus ángeles y á sí mismos, como si no hubieran estado en cárceles, mas en jardines. Los otros salian tristes, la cabeza baja, y en sus acatamientos espantables, y sobre toda fealdad disformes. A estos su propia conciencia les fatigaba y atormentaba mas ásperamente que los grillos y cadenas y el hedor de la cárcel; pero á los otros su buena conciencia y la esperanza del descanso y de la gloria les aliviaba los dolores y los recreaba. Y asi lo experimentan comunmente los buenos; porque es tan grande la alegría de la buena conciencia, que muchas veces, cuando el bueno se halla triste y atribulado, y volviendo los ojos á todas partes no ve cosa

que le consuele, volviéndolos hácia dentro, y mirando la paz de su conciencia y el testimonio de ella, se consuela y esfuerza; porque entiende bien que todo lo demás, como quiera que suceda, ni hace, ni deshace á su negocio, sino solo esto.

De aqui se sigue una cosa de mucho consuelo; y es, que si la buena conciencia y el andar bien con Dios es causa de andar alegre, que tambien esta alegría espiritual será señal é indicio muy grande de que uno tiene buena conciencia y anda bien con Dios y está en gracia y amistad suya; porque por el efecto se conoce la causa. Y asi lo nota San Buenaventura: "La alegría espiritual, dice (1), es gran señal de que mora Dios en un alma y que está en su gracia y amor." "Para los justos nació la luz, y para los rectos de corazon la alegría (2)," pero las tinieblas, la oscuridad y tristeza, esa es para los malos (3). Y asi, una de las causas principales por que el bienaventurado San Francisco deseaba ver en sus religiosos esta alegría espiritual, era por esto; porque era indicio de que moraba Dios en ellos y que estaban en su gracia y amistad (4). "El gozo es fruto del espíritu," dice San Pablo (5). Esa alegría espiritual, que proviene y nace, como de fuente, de la limpieza de corazon y de la pureza de vida, es fruto del Espíritu Santo; y asi es señal de que mora él allí. Y holgábase tanto San Francisco de ver á sus religiosos con esta alegría, que decia él: si alguna vez me

(1) *Maximum inhabitantis gratiae signum est spiritualis laetitia. Bonav. in spec. disciplin. p. 1, cap. 3.*  
 (2) *Lux orta est justo, rectis corde laetitia. Ps. XCVI, 12.*  
 (3) *Impii autem in tenebris ambulant. Ps. LXXXI, 5. Conditio, et infelicitas in viis eorum, et viam pacis non cognoverunt. Ps. XIII, 3.*  
 (4) *P. I, lib. 4, cap. 26 de la Crónica de S. Francisco.*  
 (5) *Fructus autem spiritus est gaudium. Ad Gal. V, 22.*

tienta el demonio á mí con accidia y tristeza de espíritu, póngome á mirar y considerar el alegría de mis frailes y compañeros, y luego con su vista quedó libre de la tentacion como si viese ángeles. Ver la alegría de los siervos de Dios que están en gracia y amistad suya, es como ver ángeles en la tierra, conforme á aquello de la Escritura: "te ví como ángel de Dios," "tú eres en mis ojos tan bueno como un ángel de Dios (1)."

CAPITULO VII.

Que alguna tristeza hay buena y santa.

Pero dirá alguno, ¿siempre habemos de andar alegres? ¿nunca nos habemos de entristecer? ¿no hay alguna tristeza que sea buena? A esto responde S. Basilio (2) que alguna tristeza hay buena y provechosa. Porque una de las ocho bienaventuranzas que pone Cristo nuestro Redentor en el Evangelio, es, "bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (3)." Dice San Basilio y San Leon Papa, y tráelo tambien Casiano (4), que hay dos maneras de tristeza; una mundana, que es cuando alguno se entristece de alguna cosa del mundo, como de sucesos adversos y trabajos; y esta dicen que no la han de tener los siervos de Dios. De San Apolonio se lee en las vidas de los Padres, que predicaba á sus discípulos que los siervos de Dios que tienen puesto su corazon en él y esperan el reino de los cielos, no conviene que se entristezcan. Entristézcanse los gentiles y los judíos y los demas infieles, y lloren tambien sin cesar

(1) Vidi te quasi Angelum Dei. *Esther* XV, 16. — Et bonus es tu in oculis meis sicut Angelus Dei. *I. Reg.* XIX, 9.  
(2) Basil. in *Regul. brev.* 192 et 194.  
(3) Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur. *Matth.* V, 5.  
(4) Cass. *lib.* 9 de *instit. renunt.*

los pecadores; pero los justos, que con fe viva esperan gozar de aquellos bienes eternos, alégrense y regocijense (1). Porque si aquellos que aman las cosas caducas y terrenas, se alegran y regocijan del buen suceso de ellas, ¿cuánto mayor razon tenemos nosotros de alegrarnos y regocijarnos en Dios y en la gloria eterna que esperamos? Y asi el Apóstol, aun de la muerte de nuestros amigos y parientes quiere que no nos entristezcamos demasiado. "Queremos informaros, oh hermanos, acerca de los cristianos que mueren, para que no os entristezcais como los demas que no tienen esperanza (2)." No dice absolutamente que no nos entristezcamos, porque mostrar algun sentimiento de eso, es cosa natural, y no es malo, sino bueno y señal de amor. Cristo nuestro Redentor lo mostró y lloró en la muerte de su amigo Lázaro, y dijeron los circunstantes: "Mirad cómo le amaba (3)." Pero lo que dice San Pablo es, que no nos entristezcamos como los infieles que no esperan otra vida, sino que la tristeza sea moderada, consolándonos con que presto nos veremos todos juntos con Dios en el cielo: aquel va delante, luego iremos nosotros tras él. De manera, que las cosas presentes de esta vida, aunque no las podemos dejar de sentir como hombres; pero no habemos de reparar mucho en ellas, sino tomarlas como de paso. Los que lloran, dice (4), como si no llorasen; y los que se gozan, como si no se gozasen.

Otra tristeza hay espiritual y segun Dios; y esta es buena y provechosa, y conviene á los siervos de Dios. Esta, dicen San

(1) Laetamini in Domino, et exultate justi, et gloriamini omnes recti corde. *Ps.* XXXI, 11.  
(2) Nolumus autem vos ignorare fratres de dormientibus, ut non contristemini, sicut et caeteri, qui spem non habent. *I. ad Thes.* IV, 12.  
(3) Ecce quomodo amabat eum. *Joann.* XI, 25.  
(4) *I. ad Cor.* VII, 30.

Basilio y Casiano (1), que se engendra de cuatro maneras ó de cuatro cosas; lo primero, de los pecados que habemos cometido contra Dios, conforme á aquello del Apóstol: "Me alegro, no porque estais tristes, mas porque os entristeceis con la penitencia que haceis, y asi estais tristes segun Dios; y esta tristeza, que es segun Dios, causa una penitencia que sirve para la eterna salud (2)." El llorar uno sus pecados, y entristecerse, y dolerse por haber ofendido á Dios, esa es muy buena tristeza, y segun Dios. Dice San Crisóstomo una razon digna de su ingenio. Ninguna pérdida hay en el mundo que se restaure con el dolor, pesar y tristeza, sino sola la del pecado: y asi, en todas las otras materias es mal empleado el dolor y la tristeza, sino es en esta. Porque todas las demas pérdidas, no solo no se remedian con llorar y estar tristes, antes se aumentan y acrecientan con eso; pero la pérdida del pecado remediase con la tristeza y dolor, y asi habemos de llorar.

Lo segundo, se engendra y nace esta tristeza de los pecados de otros, de ver que Dios es ofendido y menospreciado y que es quebrantada su ley. Esta es tambien muy buena tristeza, porque nace de amor y celo de la honra y gloria de Dios y bien de las almas. Y asi vemos á aquellos santos Profetas y amigos grandes de Dios, enflaquecidos y consumidos de esta tristeza y dolor, viendo los pecados y ofensas que se cometian contra Su Magestad, y que ellos no lo podian remediar; era tan grande la afliccion que por esta causa sentia el Profeta David, que el dolor del ánima le enflaquecia el cuerpo y le corrompia la san-

(1) *Idem Aug. serm.* 11 ad *fratres in eremo.*  
(2) Gaudeo non quia contristati estis, sed quia contristati estis ad poenitentiam, contristati enim estis secundum Deum; quae enim secundum Deum tristitia est, poenitentiam in salutem stabilem operatur. *II. ad Cor.* VII, 9.

gre. Pudriasele la sangre en el cuerpo de ver las injurias y ofensas que se hacian contra Dios (1). Y el Profeta Jeremias está lleno de semejantes llantos y gemidos. Esta tristeza nos está muy bien á nosotros y nos es muy propia; porque el fin de nuestro Instituto es que el Nombre de Dios sea santificado y glorificado de todo el mundo; y así el mayor de nuestros dolores ha de ser ver que esto no se haga asi, sino muy al revés.

Lo tercero, puede nacer esta tristeza del deseo de la perfeccion, que es tener una ánsia tan grande de ir adelante en la perfeccion, que siempre andemos suspirando y llorando porque no somos mejores y mas perfectos, conforme á aquello que dice Cristo en el Evangelio: "Bienaventurados los que andan con esta hambre y sed de la virtud y perfeccion, porque ellos serán hartos (2)." Dios les cumplirá sus deseos.

Lo cuarto, suele nacer tambien una tristeza santa en los siervos de Dios, de la contemplacion de la gloria y del deseo de aquellos bienes celestiales, viéndose desterrados de ellos y que se les dilatan, como lloraban los hijos de Israel en su destierro de Babilonia (3), acordándose de la tierra de promision. Y el Profeta lloraba el destierro de esta vida: "¡Ay de mí, que se me dilata mi destierro (4)!" Aquel «á tí suspiramos los desterrados hijos de Eva, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas,» suspiros son que hacen muy buena y suave música á los oidos de Dios.

(1) Defectio tenuit me pro peccatoribus dereliquentibus legem tuam. Tabescere me fecit zelus meus, quia oblii sunt verba tua inimici mei. Vidi praevaricantes, et tabescebam, quia eloquia tua non custodierunt. *Psalm.* CXVIII, 53, 139, 158.  
(2) Beati qui esuriunt, et sitiunt justitiam, quoniam ipsi saturabuntur. *Matth.* V, 6.  
(3) Super flumina Babilonis illic sedimus, et fleuimus, cum recordaremur tui Sion. *Psalm.* CXXXVI, 1.  
(4) Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est! *Psalm.* CXIX, 5.

Casiano pone las señales para conocer cuál sea tristeza buena y según Dios, y cuál mala y del demonio. Dice que la primera es obediente, afable, humilde, mansa, suave y paciente. Al fin, como nace de amor de Dios, contiene en sí todos los frutos del Espíritu Santo, que cuenta San Pablo (1) que son Caridad, Gozo, Paz, Longanimidad, Bondad, Fé, Mansedumbre, Continencia. Pero la tristeza mala y del demonio es áspera, impaciente, llena de rencor y amargura infructuosa, y que nos inclina á desconfianza y desesperación, y nos retrae y aparta de todo lo bueno. Y mas, esta tristeza mala no trae consigo consuelo ni alegría ninguna; pero la tristeza buena, y según Dios, dice Casiano, es en cierta manera alegre (2), y trae consigo un consuelo y un confort y aliento grande para todo lo bueno, como se ve discurrendo por todas esas cuatro maneras de tristeza que habemos dicho. El mismo andar uno llorando sus pecados, aunque por una parte aflige y dá pena, por otra consuela grandemente. Por experiencia vemos cuán contentos y satisfechos quedamos cuando habemos llorado muy bien nuestros pecados. Una de las cosas en que se echa mucho de ver la diferencia y ventaja grande que hay de la vida espiritual de los siervos de Dios á la vida de los del mundo, es en esto, en que sentimos mayor gozo y regocijo en nuestra alma, cuando acabamos de llorar nuestros pecados, que el que sienten los mundanos en todas las fiestas y placeres del mundo. Y así pondera esto muy bien San Agustín, diciendo: «si esta, que es la primera de las verdaderas obras del que comienza á servir á Dios, si el llorar de los justos, si su tristeza les dá tanto contento, ¿qué será el alegría y contento que sentirán cuando el Señor los consuele en la oración, y les dé aque-

(1) Ad Gal. V, 22.  
(2) Est quoddammodo laeta.

llos júbilos espirituales que él suele comunicar á sus escogidos? ¿qué será cuando del todo les enjague y limpie las lágrimas de sus ojos (1)?» Pues el andar siempre hecho un Jeremías llorando los pecados ajenos, bien se ve el sabor, gusto y satisfacción que causa en el alma, porque es señal de buenos hijos ser muy celosos de la honra de su padre. Pues el andar siempre anhelando y suspirando por la perfección y con deseos de vernos ya en aquella patria celestial, ¿qué cosa puede haber mas suave y mas dulce? Dice San Agustín: «¿Qué cosa mas dulce que estar siempre suspirando por aquella gloria y bienaventuranza que esperamos, y tener nuestro corazón á donde está el verdadero gozo y contento (2)?»

De aquí se verá también que la alegría que pedimos en los siervos de Dios no es alegría vana de risas y palabras livianas, ni de donaires y gracias, y que ande uno hablando con todos cuantos encuentra; porque esa no sería alegría de siervos de Dios, sino distracción, libertad y disolución. Lo que pedimos es una alegría exterior que redunde de la interior, conforme á aquello del Sabio: «Así como la tristeza del espíritu redunda en el cuerpo, de tal manera que viene á secar y consumir, no solo las carnes, pero aun los huesos (3); así la alegría interior del corazón redunda también en el cuerpo y hace que se eche de ver en el rostro (4).» Y así leemos de muchos Santos que parecía en su rostro una alegría y serenidad que daba testimonio de la alegría y paz interior de su alma. Esta es la alegría que habemos nosotros menester.

(1) Absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum: et mors ultra non erit neque luctus, neque clamor, neque dolor erit ultra. Apoc. XXI, 4.

(2) Quid enim pulchrius, quidve dulcius, quam inter tenebras hujus vitae, multasque amaritudines, divinae dulcedini inhiare, et aeternae beatitudinis suspirare, illi quoque tenari mente, ubi vera haberi gaudia certissimum est? Aug. cap. 97, Meditat.

(3) Spiritus tristis exsiccet ossa. Prov. XVII, 22.

(4) Cor gaudens exultat faciem. Prov. XV, 13.

TRATADO SEPTIMO.

Del tesoro y bienes grandes que tenemos en Cristo, y del modo que habemos de tener en meditar los misterios de su sagrada Pasion, y frutos que habemos de sacar de ellos.

CAPITULO I.

Del tesoro y bienes grandes que tenemos en Cristo.

Cuando vino la plenitud del tiempo, dice el Apóstol San Pablo (1), enviónos Dios su Hijo. Todos los demas tiempos fueron como vacíos de gracia; este tiempo es lleno de ella y de dones espirituales, y por eso con mucha razón se llama Ley de Gracia, porque en él se nos dió esta gracia, que es fuente, principio y manantial de todas las gracias. Envio Dios á su Unigénito Hijo hecho hombre, para que nos librase del pecado, para que nos redimiese y rescatas del poder y servidumbre del demonio, á que estábamos (2), para que nos reconciasse con Dios, para que nos hiciese hijos adoptivos suyos, para que nos abriese la puer del cielo que el pecado tenia cerrada. Despues de aquella miserable caída de nuestros primeros padres, con la cual perdieron para sí y para nosotros el estado dichoso de justicia original, en que Dios les habia criado, y quedaron sujetos, y en ellos

(1) At ubi venit plenitudo temporis, misit Deus Filium suum, factum ex muliere, factum sub lege, ut eos, qui sub lege erant, redimeret, ut adoptionem illorum reciperent. Ad Galat. IV, 4.  
(2) Nunc principis hujus mundi efficitur torus. Joann. XII, 31.

todos sus descendientes, á infinitas miserias (1), un consuelo les quedó entre tantos trabajos, y fué, que luego que pecó Adán, maldiciendo Dios á la serpiente, allí prometió de dar en cierto tiempo á su Unigénito Hijo, para que hecho hombre, y padeciendo por nosotros, nos librase de los males en que caímos por el pecado: «Pondré enemistades, dijo (2), entre tí y la mujer, y entre tu simiente y la suya, y ella quebrantará tu cabeza.» Esta promesa les consoló mucho, y con esto hicieron penitencia, y enseñaban á sus hijos el estado dichoso que habian tenido y cómo le habian perdido por el pecado; pero que habia de venir un Redentor en cuya virtud se salvarian. Esta promesa la confirmó Dios despues muchas veces (3), especialmente á algunos que le agradaron mas particularmente, como á Abraham, Jacob y David, prometiéndoles que de su linaje naceria, y toda la religion de los judios profesaba eso; y los Profetas decian; maravillas de esta venida; estábanle aguar-

(1) Deus fecit hominem rectum, et ipsa se in finibus miscuit quæstionibus. Eccl. VII, 30.  
(2) Inimicitias ponam inter te, et mulierem, et semen tuum, et semen illius, ipsa contrahet caput tuum. Gen. III, 15.  
(3) Sapientiae 8, 8.